



# PRINCESAS DRAGÓN

El Príncipe de las Bestias

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



# PRINCESAS DRAGÓN

El Príncipe de las Bestias

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



# PRINCESAS DRAGÓN

El Príncipe de las Bestias

Pedro Mañas



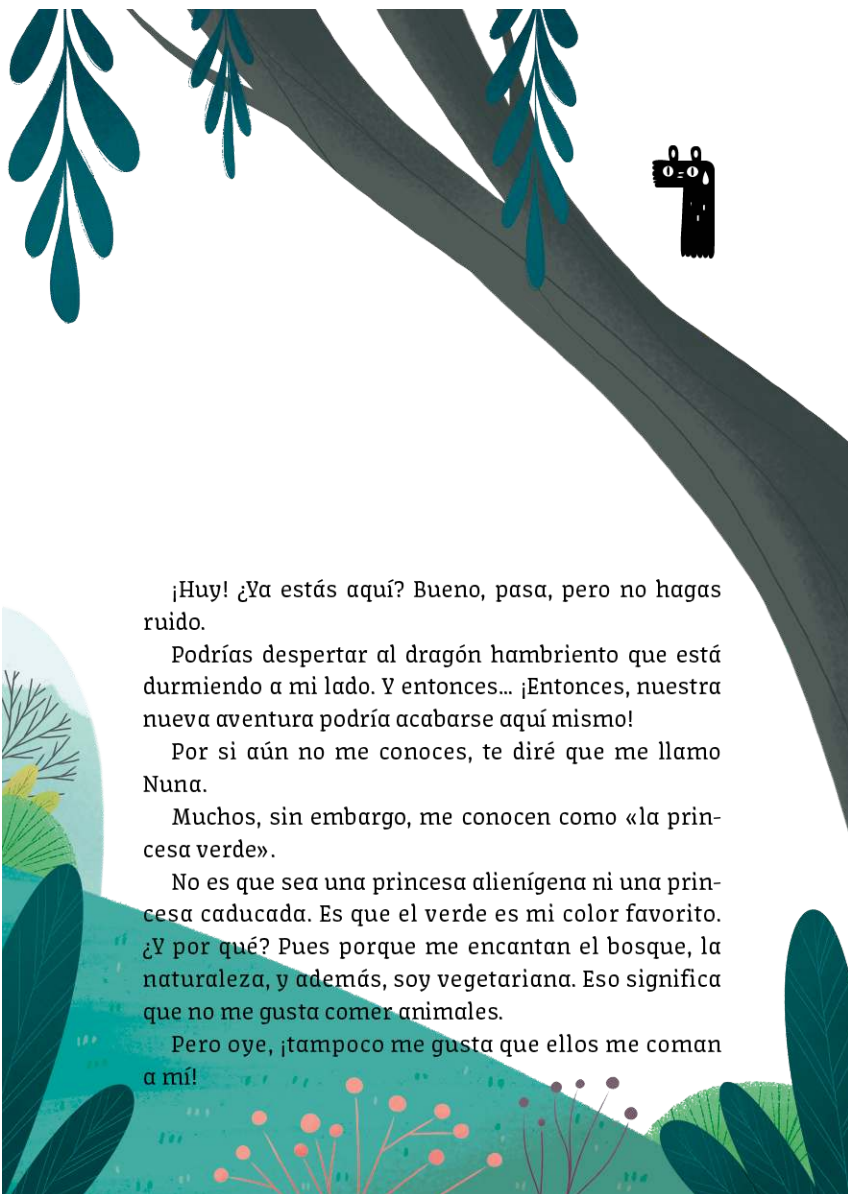
Ilustraciones de Luján Fernández

sm

Para todos los habitantes  
del colegio El Espinillo de Villaverde,  
hogar de grandes lectores  
y mejores cuentistas.







¡Huy! ¿Ya estás aquí? Bueno, pasa, pero no hagas ruido.

Podrías despertar al dragón hambriento que está durmiendo a mi lado. Y entonces... ¡Entonces, nuestra nueva aventura podría acabarse aquí mismo!

Por si aún no me conoces, te diré que me llamo Nuna.

Muchos, sin embargo, me conocen como «la princesa verde».

No es que sea una princesa alienígena ni una princesa caducada. Es que el verde es mi color favorito. ¿Y por qué? Pues porque me encantan el bosque, la naturaleza, y además, soy vegetariana. Eso significa que no me gusta comer animales.

Pero oye, ¡tampoco me gusta que ellos me coman a mí!

Pues eso es precisamente lo que pretendía nuestro nuevo cachorro de dragón.

Hasta entonces, los únicos dragones de nuestra pandilla habían sido Gumi y Migu. Son dos bebés traviesos que siempre están peleando o haciendo caca en nuestras coronas.

Sin embargo, en nuestra última aventura, el príncipe Rosko logró abrir al fin el huevo negro que habíamos encontrado al fondo del mar. Y de allí, claro, salió otro cachorro.

¡Ay, ojalá hubiéramos podido volverlo a meter dentro! Era fiero, negro como el carbón, y crecía a toda velocidad.

También nos hubiera gustado ponerle un nombre. Por desgracia, estábamos demasiado ocupados inten-



tando que no nos comiera. Pero vamos, yo le hubiera puesto «Fiera Corrupia» o «Bicharraco Que Casi Nos Devora». ¡Y eso que éramos cuatro contra uno!

Estaba Koko, Princesa del Sur, que podía sujetarlo con su fuerza de veinte troles.

Bamba, la Princesa del Oeste, que podía lanzarle fuego por la boca.

Y yo, Princesa del Este, que podía... Bueno, que podía volar para huir de sus zarpazos.

Y Rosko, que no tenía magia, pero sí el poder más fuerte de todos: ¡el cariño que el príncipe le había cogido a aquella bestia!

Y aun así, no nos las apañábamos. Encima, el príncipe le disculpaba todas las faltas.







–¡Rosko! –gritaba yo, airada-. ¡Dile a esa fiera que me devuelva ahora mismo mi zapato!

–Pobrecito –contestaba el príncipe-. Si solo quiere jugar...

Sí, jugar a comérselo. Normal que Gumi y Migu llevaran días sin salir de mi corona.

Desde lejos, Bamba trataba de calmarlo lanzándole piedras para alimentarlo. Y, a cambio, él le lanzaba unas llamaradas más grandes que las suyas.

Koko, que con sus cinturones había elaborado una correa para llevar al animal, estaba harta. La alimaña tiraba tanto que a poco sale volando ella también.

–Que alguien calme al bicho, o juro que lo duermo a mamporro limpio –gruñó.

-Dicen que la música amansa a las fieras -se me ocurrió un día-. Quizá si le cantamos...

-¡Buen plan! -saltó Bamba-. ¡Dejadme a mí!

-¡No, tú no! -gritamos todos, que ya sabemos a lo que la princesa rosa llama «cantar».

Ni caso. Bamba, muy sonriente, empezó a pegar aullidos. Parecía que en medio de la pradera estaban despellejando a un trol.



Pues no lo creerás, pero de inmediato el dragón empezó a bostezar y sus ojos se fueron cerrando. Lástima que nosotros no podíamos cerrar las orejas.

-Listo -sonrió Bamba-. Pero hay que decidir cuanto antes qué hacemos con esta bestia.

Entonces Rosko, harto de oír nuestras quejas, se enfadó un poco.

–Esa «bestia» es mi mascota, ¿sabéis? –murmuró ofendido-. ¡Y vivirá en mi casa!

Así fue como emprendimos la vuelta al castillo del Norte.

«¿Un dragón furioso metido en un castillo?», pensaba yo. Pero no dije nada. Soy la princesa verde, y el verde es también el color de la esperanza.

La esperanza es lo último que se pierde.

El otro zapato, en cambio, lo perdí diez minutos después entre los dientes del bicho.

